

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

El síntoma: brújula del gusto pulsional.

Lopez, Mariano.

Cita:

Lopez, Mariano (2017). *El síntoma: brújula del gusto pulsional*. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/915>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/ntC>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL SÍNTOMA: BRÚJULA DEL GUSTO PULSIONAL

Lopez, Mariano

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Elijo este tema porque creo conveniente destacar que el síntoma es en sí mismo un accionar, es una modalidad de hacer en el presente. La satisfacción pulsional no es un concepto abstracto, inaprensible y misterioso. Tampoco es algo sublime a lo que solo los grandes maestros del psicoanálisis acceden. La satisfacción pulsional es algo simple o puede ser un acto simple si no fuese por las vueltas que el neurótico le impone. Voy a apelar al síntoma de un conocido paciente de Freud para que podamos ver con claridad “las vueltas que da el neurótico” para la satisfacción de un gusto pulsional.

Palabras clave

Pulsión, Gusto, Síntoma, Superyo

ABSTRACT

THE SYMPTOM: COMPASS OF THE DRIVE TASTE

I choose this theme because I think it is convenient to emphasize that the symptom is in itself an action, it is a modality of doing in the present. The drive satisfaction is not an abstract concept, unapprehensible and mysterious. Neither is it a sublime thing to which only the great masters of psychoanalysis agree. The drive satisfaction is something simple or it can be a simple act if it were not for the turns that the neurotic imposes. I will appeal to the symptom of a well-known patient of Freud so that we can see clearly “the turns that the neurotic gives” for the satisfaction of a drive taste.

Key words

Drive, Taste, Symptom, Superyo

Elijo este tema porque creo conveniente destacar que el síntoma es en sí mismo un accionar, es una modalidad de hacer en el presente. A veces se plantea al síntoma como la consecuencia presente de un conflicto pasado o la resultante de algo que no se hizo en otro tiempo. Disiento!

Tal vez esta versión del síntoma como un mero efecto de un accionar de antaño surge de leer a Freud mismo, tal vez de leer sólo algunos fragmentos de su enseñanza en los cuales plantea, por ejemplo, que se repite con el analista, que el síntoma se actualiza en la transferencia. No creo conveniente la lectura que enfatiza que se repite el pasado o modos de relación anteriores. Sin duda en la transferencia, tal como Freud la piensa en los que se conocen como sus escritos técnicos, el analista es vestido por las fantasías del analizante (con todos los componentes que la fantasía implica) pero estas no son fantasías del pasado (aunque en el pasado también puedan haber vestido a otro objeto) sino que son las fantasías que determinan y posibilitan el lazo social en el presente.

Nótese un pasaje del texto “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” en el que Freud pudiendo, obviamente,

borrar unas líneas en donde no se expresa bien prefiere dejarlas. Dice sobre su paciente: “Pareció también como si no emergiera en ella nada parecido a una transferencia sobre el médico. Pero, desde luego, esto es un contrasentido o un modo inexacto de expresarse; alguna relación con el médico es forzoso que se establezca.” (1920, p. 157)

El lazo social es transferencial, el lazo social está mediatizado por la fantasía o dicho de otro modo la realidad, es la realidad psíquica. Destaco todo esto para poner en primer plano lo actual del lazo transferencial. Lo mismo pretendo hacer con el síntoma y para eso retomaré una idea de Gabriel Lombardi.

En *Usos de la fantasía* (2015) describe al síntoma de la siguiente manera:

“Comer con ganas, cagar, mirar —el mirar lascivo o envidioso, el mirar con ojos desorbitados—, y también el invocar en cualquiera de sus formas, desde la maldición hasta la bendición, desde la injuria hasta la palabra de amor, todos estos son actos simples cuando satisfacen una pulsión sin vueltas, sin las vueltas que da el neurótico. Lo que para Freud hace del neurótico un neurótico es que no satisface la pulsión directamente, ni siquiera cuando todas las condiciones están dadas: la intimidad, la autorización, la ausencia de la policía estatal o familiar. Algo en el sujeto se ha puesto en contra de las pulsiones que lo agitan, **algo en él se enfrenta a lo que le gusta**, incluso cuando nadie se lo impide. El conflicto se impone sobre la satisfacción directa. Esto refleja la condición estructural en que la pulsión se presenta para el neurótico: la pulsión divide al sujeto, que quiere la satisfacción y al mismo tiempo no la quiere, entonces *parálisis*. El neurótico es un sujeto inhibido, que no realiza la acción específica que podría satisfacer la pulsión.” (p. 62)

Bellísima descripción de la posición neurótica que considero vale este texto para poder darle lugar a la multiplicidad de cuestiones que introduce y a partir de ellas abordar la pregunta acerca de cómo hacer cosas con un síntoma.

Las vueltas de una palabra de amor.

La satisfacción pulsional no es un concepto abstracto, inaprensible y misterioso. Tampoco es algo sublime a lo que solo los grandes maestros del psicoanálisis acceden. La satisfacción pulsional es algo simple o puede ser un acto simple si no fuese por las vueltas que el neurótico le impone.

Llamamos neurótico, entre otras cosas, al ser que justamente está enfrentado con lo que le gusta, con sus gustos pulsionales, ahora... ¡Ojo! No es un ser que no se da sus gustos, sino que se da sus gustos sintomáticamente. Insisto, la particularidad del neurótico no es la no satisfacción de la pulsión sino el modo, el camino, las vueltas que da para hacerlo (entendiendo vueltas no como postergación de la satisfacción, sino más bien como quien para llegar de un punto a otro en vez de ir abiertamente por el camino más

corto y directo, hace un recorrido más largo y cansador). Habría que agregar también que esas vueltas se despliegan en el campo de la fantasía estableciendo que el modo de darse ese gusto sea narcisista y asocial.

Voy a apelar al síntoma de un conocido paciente de Freud para que podamos ver con claridad “las vueltas que da el neurótico” para la satisfacción de un gusto pulsional.

“Cierta día, durante unas vacaciones veraniegas, le vino de pronto **la idea** de que era demasiado gordo {dick} y debía adelgazar. Empezó a levantarse de la mesa antes de los postres, a correr por la calle sin sombrero bajo el solazo de agosto y a subir luego los montes a paso de carga, hasta que debía detenerse bañado en sudor. Por otra parte, una vez salió a la luz sin disfraz el propósito suicida detrás de esta manía de adelgazar: encontrándose sobre una escarpada ladera, de pronto **le fue pronunciado** el mandamiento de saltar abajo, lo cual le habría significado una muerte segura. La solución de este actuar obsesivo sin sentido sólo se le ofreció a nuestro paciente cuando se le ocurrió, de pronto, que por aquel tiempo también la dama amada se hallaba en ese lugar de veraneo, pero en compañía de un primo inglés que se ocupaba mucho de ella y de quien él estaba muy celoso. El primo se llamaba Richard y, como es de uso universal en Inglaterra, lo llamaban Dick {en alemán, «gordo»}. Ahora bien, lo quería matar a este Dick, estaba mucho más celoso y furioso contra él de lo que podía confesarse, y por eso se impuso como autocastigo la pena de aquella cura de adelgazamiento. Por diferente que parezca este impulso obsesivo del anterior mandamiento suicida directo, ambos comparten un rasgo sustantivo: su génesis como reacción frente a una ira enorme, no aprehensible por la conciencia, contra una persona que aparece como perturbadora del amor.” (Freud, 1909, p. 149)

Como puede verse Freud plantea que la génesis del síntoma es la ira inconsciente contra una figura perturbadora del amor. Interesantísima reflexión que permite situar el problema en el plano que corresponde: el del amor.

Propongo descentrar por ahora el tema de la figura del padre como el perturbador del goce sexual ya que ese es el **uso** que El hombre de las ratas hace del padre y del Otro más en general, hace de él el obstáculo que le impide su acto. No pretendo aquí desplegar las particularidades de la neurosis obsesiva, su relación con el masoquismo y el narcisismo, pero no es casual que este caso se haya convertido en su paradigma.

Es fantástico como, si uno despeja todo el enmascaramiento hostil de este síntoma, aparece que lo que está en juego es el amor. El hombre estaba celoso! Se encontraba en la misma ciudad de veraneo que la mujer que le gustaba pero ella pasaba mucho tiempo con su primo Richard.

Es fundamental no perder de vista que si sabemos que algo amoroso está en juego es gracias a lo que se pudo desplegar en el análisis, el fenómeno en sí mismo constaba de un impulso a adelgazar, de un “actuar sin sentido”. Para que quede claro: allí donde el paciente “corría sin sombrero bajo el solazo de agosto” lo que está en juego es un problema, un conflicto amoroso completamente desconocido para el sujeto.

Gracias a las vueltas que el equívoco significante permite, el paciente de Freud reaccionaba frente a su bronca por no estar con la chica que le interesaba “matándose” para adelgazar o mejor dicho matando al “gordo” ya que en alemán gordo (Dick) se equivoca homofónicamente con el apodo del primo de su amada: Dick. Con su impulso para adelgazar Paul sostenía su deseo como imposible en su fantasía inconsciente de matar a Dick, al igual que con su impulso suicida de cortarse el cuello, la fantasía en la que se sostiene el síntoma revela como un tercero se interpone entre él y su amada. Pero eso no es todo, “encontrándose sobre una escarpada ladera, de pronto **le fue pronunciado** el mandamiento de saltar abajo” (Freud, 1909, p. 149). ¿Podríamos pensar este mandamiento como una presentación de la voz como objeto pulsional?

Si esto fuera así podríamos ver con mayor claridad cómo el síntoma es una satisfacción sustitutiva, como en el síntoma se satisface la pulsión, y así mostrar como lo sustituido por el síntoma no es la satisfacción pulsional, el gusto pulsional, sino el modo en que esta satisfacción se produce.

Obviamente a esta altura uno podría preguntarse: ¿cómo un impulso suicida podría ser un modo de darse un gusto? Retomemos lo expuesto hasta aquí para que pueda verse con mayor claridad.

A partir del despliegue de la palabra analizante del Hombre de las ratas, un “actuar sin sentido” como el **mandamiento** a salir a correr a pleno sol para adelgazar encuentra su sentido en la ira que le provocaba que el primo de su amada pasara mucho tiempo con ella en unas vacaciones. Propongo pensar que aquel mandamiento es un modo de satisfacción de la pulsión invocante, aquel mandamiento “expresa” de un modo vuelterto el amor de este hombre por aquella mujer, solo que lo hace enmascarado doblemente. Enmascarado en el sentido inconsciente del síntoma, la ira frente a sí mismo reemplaza el odio frente al perturbador del goce sexual, pero también el odio, la hostilidad, encubre el problema amoroso, tal vez un problema de palabra.

En vez de invocar a esa mujer, de decir algo que a lo mejor la seduzca a estar un rato con él, corre para matar al “gordo”. Es el accionar paradójico, dividido del neurótico, que no siempre se presenta tan claramente como aquel ataque histérico descrito por Freud en el que la mujer se bajaba la pollera con una mano y se la bajaba con la otra. Más laberíntico como suele ser en la neurosis obsesiva, el síntoma (que es esa forma dividida del ser hablante) realiza lo que la angustia detiene.

En vez de una simple palabra de amor, vueltas por los caminos de la palabra pero no sin consecuencias, esa desgarradura tiene “su traducción subjetiva, el sentimiento inconsciente de culpa, ese resto de voz que, desde la consciencia o desde el inconsciente, señala una fractura fundamental en el ser.” (Lombardi, 2015, p. 92)

El impulso a adelgazar permite ver las vueltas de la pulsión, las vueltas que el significante por su estructura equívoca le permite dar, las vueltas que Freud llamó condensación y desplazamiento. Las vueltas que aquel paciente de Freud, impedido al extremo en el campo del amor, “optó” por dar para evitar realizar una acción específica.

La preferencia por la fantasía y sus consecuencias

Claramente no es lo mismo una palabra de amor que salir a correr a pleno sol, aún cuando pronunciar algunas palabras frente a al-

quien que realmente interesa puedan hacer sudar la gota más que cualquier maratón, sin embargo para el neurótico dos cosas tan disímiles pueden equivaler y pueden equivaler porque él las hace equivalentes.

Volvamos al análisis del síntoma del Hombre de las ratas. El acto Freudiano de causar el despliegue de la palabra analizante permite pasar del síntoma del impulso suicida al relato de las fantasías que lo soportan. Este pasaje ya nos empieza a orientar en cuanto a lo que el neurótico hace equivaler: las acciones motrices que permitirían alcanzar los fines de la pulsión en objetos reales y la fantasía. Por un lado entonces, la pulsión se satisface en la fantasía y a la vez la posición del neurótico en el deseo también es la fantasía. Ésta le permite sostener su deseo aun cuando el deseo permanezca como no realizado, el deseo permanece al fin otorgando a la vida esa valiosa sensación de tener sentido.

Planteadas las cosas de este modo el síntoma parecería ser el sustituto de la acción originaria, de lo que “debería ser”. Sin embargo no creo que sea la mejor manera de aproximarse al tema, desde otra perspectiva el síntoma también es un sustituto, un reemplazo, pero en tanto una posibilidad de accionar diferente. El accionar sintomático es una acción psíquica de pleno derecho propone Freud, el neurótico puede optar por ese “accionar sin sentido” que le permite satisfacer sus ganas... fantaseando con ellas.

¿Cuál podría ser la ganancia para el hombre de las ratas de salir a correr en vez de invocar a su amada? ¿Cuál es la ventaja del fantaseo por sobre la acto?

De algún modo ya lo he dicho, la fantasía deja todos los posibles abiertos, el neurótico puede con ella soñar todos los futuros posibles. El acto, el fin de la indeterminación, es siempre castrativo, implica un “es eso” limitado y a la vez incalculable en sus efectos. No es lo mismo fantasear con el amor ideal que pronunciar un *te extraño* que pueda producir un yo también o un yo no tanto... estamos en lugares distintos... no quiero verte más. En el Seminario 10 Lacan (1962-1962) destaca que el “fantasma del que se sirve el neurótico [...] es lo que más le sirve para defenderse de la angustia” (p. 60).

Al mismo tiempo el síntoma que se apoya en la fantasía permite sostener una cierta identidad o “falso ser”. Aquella “representación inconciliable” que inicia el proceso represivo lo es para el yo y el yo no es otra cosa que aquella imagen amable para el Otro que da la posibilidad de responder esa pregunta esencial en el ser hablante: Che voi? El ser hablante construye una respuesta anticipada a la pregunta por el deseo del Otro que Lacan en su grafo localiza justamente en el síntoma, en la fantasía y en el yo.

El neurótico se identifica con el objeto en la fantasía, él se “hace ser” identificándose con él. “Por eso, ciertamente, con su fantasma el neurótico nunca hace gran cosa. Eso consigue defenderlo de la angustia justamente en la medida en que es un a postizo” (Lacan, 1962-1963, p. 60 y 61).

Lo podría plantear de otro modo: el síntoma es un modo de poder seguir sosteniendo una identidad en la fantasía allí donde un gusto pulsional la amenaza. Y aquella identidad no es otra cosa que la respuesta fantaseada a la pregunta por cómo garantizar el amor, el deseo del Otro. Nótese la oposición: gusto pulsional/personal vs amor/deseo del Otro. Obviamente es de algún modo una falsa

oposición pero no deja de ser el modo paradigmático en que el neurótico vive el amor: como sacrificio destinado a capturar al Otro en las redes de deseo.

En este punto podemos retomar lo dejado en suspenso anteriormente, el uso del padre por parte del Hombre de las ratas y su relación con el objeto voz. Para esto es conveniente recordar la relación que Lacan establece entre la voz, el superyó y la inconsistencia del Otro.

En el Seminario titulado La angustia plantea: “Si la voz, en el sentido en que nosotros la entendemos, tiene importancia, es porque no resuena en ningún vacío espacial... resuena en un vacío que es el vacío del Otro en cuanto tal... Corresponde a la estructura del Otro constituir un cierto vacío, el vacío de su falta de garantía.” (Lacan, 1962-1963, p. 298)

El superyó que Lacan piensa es un puro imperativo, insensato, ciego, que exige gozar pero no dice cómo. “Dios me pide que goce... Gozar a la orden es algo que, si es que la angustia tiene una fuente, un origen, debe estar de algún modo ahí- todos podemos sentirlo. A Goza, sólo le puedo responder una cosa, Oigo.” (Lacan, 1962-1963, p. 91). De qué modo puede mitigarse la insensatez de la voz superyoica que empuja a gozar: a través del padre o más bien, del uso neurótico del padre. Es a partir de él que se puede hacer de la pura voz, mandato. “Tú debes”... matarte, cortarte el cuello, no casarte con tu amada.

Ahora bien, no es en cualquier punto en el que deviene la posición masoquista del Hombre de las ratas, no es en cualquier área en la cual la voz golpeadora del padre se libidiniza y con ella los significantes que él deja caer: gran hombre o gran criminal. Como el fetiche, esos significantes quedan como velo de la inconsistencia del padre y es por eso que la idea de ser un criminal se presenta al escuchar las palabras de su tío quien alude a la infidelidad de su padre. Frente a la inconsistencia del Otro, del padre, él se tacha de criminal restituyendo su ferocidad allí donde algo del deseo del Otro lo concierne.

El padre como el perturbador del goce sexual que claramente nos remite a la potencia del padre de Totem y tabú, no es otra cosa que la versión que permite eludir su inconsistencia, el vacío de la falta de garantía.

La orientación por el síntoma.

Si el acto analítico permite restituirle la ajenidad al síntoma, quien lo padece tendrá la oportunidad de hacer de él un faro, una brújula que le permita orientarse mejor en cuanto a sus gustos más íntimos, menos reconocidos.

Obviamente esto no es sin la apuesta del analista, la apuesta a la articulación del síntoma y el inconsciente. Hacer existir al inconsciente no es una abstracción, Freud propuso una manera, creó un dispositivo para que suceda e inventó una regla fundamental para que el diálogo analítico no sea de yo a yo. Lacan construyó la noción del Sujeto supuesto al saber inconsciente que es conveniente no confundirla con suponerle saber al analista. ¿Qué ventaja provee a que el sujeto se coloque en posición de trabajo analizante el suponer que el analista sabe?

La noción de sujeto supuesto saber se enriquece si la pensamos de otro modo, más a la letra y captamos que lo supuesto es el sujeto

y no el saber. Suponer el sujeto al saber implica la creencia, la suposición de que la cadena significativa (asi propongo leer el saber, como la articulación del S1 y el S2) me representa, aún cuando no sepa cómo me representa. De este modo, como efecto del acto analítico, el S2, el saber como cadena significativa, es localizado en el lugar de la verdad. El significativo adquiere un valor único y en su articulación con el síntoma, con su “expresión efectiva” que es expresión significativa, abre la posibilidad a una orientación por él. Es notable como el análisis del Hombre de las ratas nos permite captar la posibilidad de orientarse por el síntoma, si hasta aquí la descomposición del impulso suicida nos ha permitido ver el uso masoquista del padre, es necesario un paso más para darle toda su potencia al uso que del síntoma puede hacerse en un análisis. Sin dudas un análisis produce el encuentro con la falta en el Otro, con su inconsistencia, con la falta de garantías, con el agujero; pero eso no es todo, es más, diría que esa no es su finalidad. Más allá del encuentro con lo que no hay, el síntoma le permite al ser hablante orientarse por lo que sí hay, por el modo en que el deseo del Otro incita a la satisfacción de la pulsión ya que no se satisface la pulsión en acto sin la ayuda, sin la incitación del deseo del Otro.

Más allá de lo que el paciente del Freud sanciona como el “crimen” de su padre, la elección de su mujer por la posición social que este matrimonio le daría, más allá del padre pero no sin él está la pregunta que concierne íntimamente al sujeto sobre el peso de la elección amorosa y lo confronta con su real de ser electivo.

No creo que un análisis sea una experiencia al estilo de “conócete a ti mismo” que produzca como saldo a un ser que por atravesarlo está en conocimiento de lo que le gusta, de lo que quiere para el resto de su vida. Pero sí que advierte sobre la existencia de los ecos del deseo del Otro sobre él, efectos que justamente lo sobrepasan pero no sin dejar rastros, trazos en el cuerpo.

Retomo la pregunta realizada hace unas páginas: ¿Podríamos pensar el mandamiento como una presentación de la voz como objeto pulsional? Luego de nuestro recorrido diría que no.

Sin duda la voz interviene en los mandamientos obsesivos, pero justamente tomando otro estatuto que no es el del objeto pulsional, sino que, como el análisis del impulso suicida nos permite ver, el mandamiento es el aplacamiento de la voz insensata del superyó a través de los significantes de la demanda del Otro.

El neurótico prefiere enredarse en las demandas del Otro, en las demandas del padre por ejemplo, sacrificar sus gustos, los más íntimos, antes que perder su identidad de alienación. Sin querer nos hemos topado con otro **uso del síntoma**: el síntoma es un modo de sostener una de las formas de la identidad, el falso ser, la ficción de dominio del gusto propio, no sin, por supuesto, extraer una cuota de goce de la erotización de la voz o la mirada del padre que por “amor” le exige su sacrificio.

Tal vez hay otro modo de dar curso a ese resto vivo del padre que es el la voz insensata del superyó: el decir. “El decir no es la voz, el decir es el acto por el que el deseo del Otro toma consistencia en el viviente, encontrando allí no sólo el eco, también el instrumento y la causa de ese deseo que incorpora al Otro y le da vida, tal como la emisión del *shofar* revive al padre mítico.” (Lombardi, 2015)

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1909) “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el Hombre de las Ratas)”, en Obras Completas, Volúmen X. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1993.
- Freud, S. (1912) “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, en Obras Completas, Volúmen 12. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1993.
- Freud, S. (1920) “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, en Obras Completas, Volúmen XVIII. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979.
- Lacan, J. (1962-1963) El Seminario Libro 10. “La angustia”, Buenos Aires, Paidós 2006
- Lombardi, G. “El deseo del análisis y la pulsión invocante” en Nadie Duerma Nro 4, Revista digital del Foro analítico del Río de la Plata.
- Lombardi, G. “Usos del síntoma” en Usos del síntoma. Letra Viva. Buenos Aires, 2014
- Lombardi, G. “Usos de la fantasía” en Usos del analista. Letra Viva. Buenos Aires, 2015